

**LA LITERATURA COLOMBIANA COMO ESCENARIO PARA POSIBILITAR EL  
RECONOCIMIENTO DEL CONFLICTO ARMADO A PARTIR DE TRES AUTORES:  
CAICEDO, ROSERO Y RESTREPO**

**Jane Echeverri**

**RESUMEN**

Algunas obras de la literatura colombiana, constituyen una posibilidad de abordar el conflicto armado desde elementos ficcionales, pero orientando su escritura en base a este hecho histórico. Es por ello que, desde las distintas manifestaciones de violencia que se tejieron a partir del bipartidismo, como episodio de la historia de Colombia que fragmento la población civil en dos bandos dicotómicos, se puede construir una narrativa de esta contienda entre los colombianos, tomando como referencia, las voces de los protagonistas que en las obras de Daniel Caicedo, Laura Restrepo y Evelio Rosero, representan la realidad de las centenas de víctimas que han padecido el suplicio del conflicto armado desde la segunda mitad del siglo XX, y que se ha proliferado por el uso arbitrario de autoridad de diferentes figuras de poder como el Ejército, la Policía y los denominados chulavitas, así mismo, desde la insurgencia armada al margen de la Ley, cuyos métodos de presión y movilización para la toma del poder y control del territorio, se pueden develar las distintas aristas del gran rizoma que constituye el conflicto armado del país.

**INTRODUCCIÓN**

En el itinerario de vida, se hallan senderos que narran la funesta y lacerante desigualdad de nuestra Nación y que se develan desde la literatura, como aquel umbral que muestra las pulsiones humanas y que sobrevive al paso del tiempo y del olvido, debido a la universalidad de sus tópicos. Entonces, estímulos procedentes del interior del ser, como el amor, el deseo, el miedo o la melancolía, posibilitan la eternidad de los hombres materializados a través de la escritura y por su condición ecuménica y humana.

En este sentido, se implemen las voces de aquellos que el conflicto armado en Colombia ha silenciado, pero que permanecieron en la memoria y el tiempo, a través de la escritura, por ser protagonistas de múltiples manifestaciones de violencia, como el desplazamiento forzado, la desaparición, el secuestro, las masacres selectivas y demás vejaciones que atentaron contra su dignidad y derechos y que son representados por la literatura colombiana, guardando una

aproximación verosímil con el hecho histórico. Es por ello que, desde tres autores Daniel Caicedo, Evelio Rosero y Laura Restrepo, con sus respectivas obras *Viento Seco*, *Los Ejércitos* y *La Multitud Errante*, se abordan problemáticas de beligerancia en un país que ha estado fragmentado desde su emancipación de España y su posterior proyecto de consolidación como Nación libre e independiente. Ahora bien, es relevante, precisar que la elección de la obras, radicó en su acercamiento a los sucesos que se desarrollaron en el marco del conflicto armado, exponiendo prolijamente la crudeza e inclemencia de los actores señalados de propiciar suplicio y dolor a la población más vulnerable como los campesinos, mujeres y niños. En consecuencia, a pesar de la condición ficcional de las obras, se aproximan a la historia de las últimas décadas del conflicto interno en Colombia, a través de una narrativa comprensible para cualquier tipo de lector, y que posibilitan el reconocimiento del hecho histórico, a través de este tipo de literatura colombiana.

## **CONFLICTO ARMADO**

Hacer alusión al conflicto armado en Colombia, implica comprender este fenómeno de violencia, influenciado por la divergencia ideológica de dos bloques dicotómicos y por la tensión política que se ha construido en el Estado Colombiano, y desde donde se han cimentado grandes derramamientos de sangre, ocasionados por la lucha armada al margen de la ley y la incapacidad de llegar a un acuerdo por sus discrepancias políticas, manifestándose así, una construcción histórica del país, mediada por la barbarie, a manos de sus mismos vástagos que exigen su libertad e igualdad, a costa de ultrajar la vida de sus opositores, hermanos de una misma tierra.

Por acciones funestas como la explotación y ultraje de los derechos humanos, por parte del Estado y el partido conservador, se empezó a gestar una guerra entre civiles desde mediados del siglo XX, donde se buscaba destituir el orden social establecido, en el que el gobierno oligárquico gozaba de las garantías del poder y la orientación y control de la sociedad, vinculado con la Iglesia católica, lo ocasiono que se configurara un nuevo proyecto político, en el que se escribiría un capítulo sangriento en la historia de Colombia, a partir nuevas perspectivas sociales, y surgiendo así la ideología liberal, la cual, pretendió la toma del poder mediante el conflicto armado. Por ello, una de las múltiples causas que generaron el surgimiento de la violencia, fue la debilidad de un Estado para promover prácticas de igualdad y oportunidades entre sus ciudadanos, lo que ocasionó la reacción de los más vulnerables y afectados por sus políticas arbitrarias, ante esto Yaffe (2011) manifiesta que:

El conflicto violento es engendrado por gobiernos centrales débiles y por condiciones sociales que favorecen la insurgencia. Su argumento central es que los gobiernos que son financiera, organizacional y políticamente débiles hacen que la insurgencia resulte más atractiva y factible, a causa de la corrupción y de la ineptitud de las prácticas contrainsurgentes. En muchos casos, estas ineficaces prácticas contrainsurgentes incluyen retaliaciones brutales e indiscriminadas contra la población civil, lo cual contribuye a que ésta termine adhiriéndose a los grupos insurgentes perpetuando así los conflictos violentos. Desde este punto de vista su análisis da prelación a los factores institucionales y de presencia estatal sobre los factores de pobreza y desigualdad. (Yaffe, 2011, p.195)

Este intento de toma del poder y de reacción ante la corrupción de las instituciones gubernamentales y su negligencia para desarrollar proyectos que favorezcan a las poblaciones más vulnerables, sumada a las estrategias de coartación violenta contra aquellos que buscaban defenderse implementado las armas, generó gran resentimiento desde quienes se veían afectados, por lo que comenzó a emerger con gran fuerza, el partido liberal, dejando vestigios de inconformidad y represalia en los latifundistas y en el mismo Estado.

Este inusitado sentimiento de impotencia y voz de anarquía que se materializó en la barbarie de la violencia, manifiesta un intento de denuncia que la guerrilla liberal presentó contra las élites conservadoras y los mecanismos de vejación gubernamentales. En este sentido, y como lo manifiesta Gonzalo Sánchez en su texto *Pasado y presente de la violencia en Colombia*: “Los voceros del partido liberal, ponen el énfasis en el origen fraudulento del gobierno y en las variadas formas de represión a que son sometidos sus seguidores, unas veces a través de organismos militares como la sangrienta policía “chulavita” (Sánchez, 1986, p. 15). Con esto, se devela la justificación de la protesta campesina a través del mecanismo armado, desatado a su vez por la fuerza destructora del Estado, siendo sus ataques y abusos de poder, la proclama que constituyó la fuerza motriz de la insurgencia liberal.

Entonces, el conflicto político, que se desató en las metrópolis del país, proliferó hasta las zonas rurales, donde la colisión posteriormente tomaría más fuerza con el surgimiento de los grupos armados al margen de la ley, como las guerrillas y los paramilitares:

La descentralización trasladó el conflicto a una disputa por el poder local que pasa por el uso de la violencia ya sea para apropiarse de los bienes y recursos públicos, para influenciar los

resultados políticos y electorales de conveniencia para los grupos irregulares y/o para consolidar su dominio territorial desde lo local. (Sánchez y Chacón, 2005, p. 40).

Lo anterior, devela como tras la descentralización de la violencia, de un escenario local específico, a la expansión por casi todo el territorio colombiano, generó reacciones y estrategias para que surgieron los grupos armados ilegales, y que buscaran apropiarse de los bienes y recursos públicos, así como lograr beneficiarse en el proceso electoral desde su candidato presidencial predilecto. Este fenómeno, además de visualizarse en el partido liberal, se presentó en el bando conservador, donde los principales beneficiados eran los grandes terratenientes y hacendados, que en alianza con la Iglesia Católica avalaban la violencia contra los liberales a través de su homilía como se muestra en el siguiente apartado:

La policía recorría los campos, persiguiendo campesinos militares, muchos de los cuales eran asesinados, o mediante torturas humillantes, se les obligaba a renunciar a su credo político y pasarse al conservatismo. Que importa todo cuanto se hiciera si como decía su reverencia, el señor cura “matar liberales equivales a la gloria eterna y solo quince días de cárcel. (8 de marzo de 1947. *Periódico El Tiempo*)

Tal y como se manifiesta, el consentimiento de asesinato hacia partidarios liberales, tenía otro factor relevante y era la marcada influencia que causaba el cura en sus oratorias que iban dirigidas hacia el pueblo conservador, donde sembraba sentimientos de repudio y rechazo que eran impugnadas bajo el discurso moral y una profanación del culto religioso. “Se le infundió al pueblo conservador que el liberal era su enemigo, porque rechazaba y negaba a Dios, porque quería destruirle ese valor sagrado que era la religión” (Casas, 1986, p.18-19).

Este discurso que pretendía la homogenización del pensamiento del pueblo, bajo unos preceptos morales atravesados por la obediencia y represión, fortaleció la fragmentación de los civiles, que se enfrentaban a muerte, bajo distintas manifestaciones de violencia, a causa de sus discrepancias políticas e intereses económicos; sumado a esto, también los godos, como eran llamados los conservadores, contaban con el respaldo de la fuerza pública armada como el ejército y los chulavitas, logrando de esta manera, ser rivales significativos de los campesinos alzados en armas y de la población que los financiaba a través de donaciones o extorciones, propiciadas por estos mismos.

Por otra parte, el creciente desarrollo de la industria nacional, permitió que con las formas de trabajo, cambiaran las formas de relación y jerarquización social, posicionando más al hacendado a nivel social y económico y flaqueando las condiciones de vida y bienestar del obrero, que estaba sometido a situaciones de explotación laboral como ocurría en los escenarios rurales. Este fenómeno de desigualdad, ocasiono la movilización de la ideología liberal, que abogaba por una ecuanimidad en las relaciones de poder y una emancipación de las instituciones, reclamando así, la consumación de los derechos humanos y la igualdad entre civiles.

Entonces, referentes liberales como Jorge Eliécer Gaitán apelaron al sentimiento del pueblo, manifestando su igual inconformismo con las clases dirigentes y así utilizando una estrategia populista como la que se había venido implementando en Latinoamérica durante el siglo XX con líderes populistas como Getulio Vargas en el Brasil y Juan Domingo Perón en Argentina. Este discurso populista movilizaba grandes masas que reclamaban que fuera dada de baja la oligarquía y que se descentralizara el poder, llegando a instancias rurales donde se conformaron cofradías campesinas en pro de esta causa, inicialmente a través del dialogo y la difusión pacífica y posteriormente, movilizandolas a través del conflicto armado, creando de esta manera, guerrillas campesinas que luego se alzarían en contra de sus mismos hermanos y movimiento ideológico, para buscar lucrarse con el delito y la violación de los derechos humanos.

Por ello, al hacer referencia al líder populista Jorge Eliécer Gaitán, implica hablar de las repercusiones que produjo su asesinato un 9 de abril de 1948, cuyo magnicidio ocasiono que las masas enardecidas que lo seguían y que carecían mayoritariamente de una dirección política, se tomaran la capital, produciendo desastres en las edificaciones públicas y tomándose la ciudad a mano armada sin que se pudiera ejercer ningún tipo de control por parte del Estado y a esta revuelta del pueblo que se le denomino el Bogotazo. Se le atribuyo la culpabilidad intelectual a los seguidores del candidato conservador Laureano Gómez, que temerosos del triunfo y movilización de la ideología liberal, recurrieron a tomar medidas extremas para conservar su gobierno tradicionalista.

Tras asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, Laureano Gómez tuvo que refugiarse en España, temiendo la represalia de los gaitanistas, y regreso el 24 de junio de 1949, manifestando un discurso que el denomino como el monstruo Basilisco:

(...) “Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico; con un pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza. Este es el resultado de una elaboración mental. Es la deducción que se hace de la consideración de los últimos hechos del país, con el cuidado con el que un químico en un laboratorio seguirá la trayectoria de las reacciones para sacar la conclusión; así tenemos que el fenómeno mayor que ha ocurrido en los últimos tiempos, el 9 de abril, fue un fenómeno típicamente comunista, pero ejecutado por el basilisco. La cabeza pequeña e imperceptible, lo dispuso, y el cuerpo lo llevó a cabo para vergüenza nacional”

Esta irascible ola de violencia en el país a causa de la divergencia ideológica, causó que del monstruoso rizoma del conflicto armado, surgieran distintas formas de profanación de los derechos humanos, apelando a la violencia armada desde todos los sectores del país, con la pretensión de destronar la oligarquía y así mismo, los más beneficiados, pertenecientes al partido conservador, manifestando su escozor y resentimiento por el temor de ver el derrocamiento de su poder por las clases populares del país, es decir, las masas infortunadas del país que representaban la mayoría de la población.

Ahora bien, la violencia que se desarrolló especialmente en los escenarios rurales, se movilizó hacia las grandes urbes, donde empezaba a emerger otro tipo de conflicto que se había formado gracias a la influencia del narcotráfico, la ausencia del Estado y la proliferación del estilo de vida consumista que mostraban los medios de comunicación masiva. Esto ocasionó que surgiera el sicario, en una Nación fragmentada por su ideología divergente, y que posibilitó que la población juvenil y sus familias se vieran inmersos en esta problemática social. En efecto, esta violencia ciudadana era una contienda entre la juventud sumida en el sicariato, con pretensión de gloria y lucro ilegal y el Estado Colombiano, con la intención de exterminarlos, manifestando a su vez, una indolente indiferencia por los sectores marginales, que producen y siguen gestando vástagos que son fruto de discrepancias políticas y una herencia de violencia. Ante este fenómeno social en el país, en varios gobiernos como el de Alfonso López Michelsen en 1974, Belisario Betancur en 1984 y Virgilio Barco en 1986, se pretendió firmar la paz con la insurgencia armada, para de esta manera, crear un escenario pacífico, siendo todas estas pretensiones, intentos fallidos, que solo se

lograron materializar en la Habana, Cuba durante el 2010, en el gobierno del ex presidente Juan Manuel Santos.

### **Conflicto armado y literatura colombiana**

Al remitirnos a la literatura, es preciso entender los tópicos e intencionalidades que florecen de ella, donde se hace uso estético de la palabra, con la pretensión de manifestar emociones, sentimientos, ideas y experiencias que pueden ser de carácter ficcional o tener como punto de referencia un hecho histórico. En este sentido, es relevante, señalar que el tipo de literatura que implementada, es la literatura colombiana, que retrata el conflicto armado desde mediados del siglo XX, y desde donde se visualizan distintas formas y prácticas de violencia como el desplazamiento forzado, el abuso de autoridad por parte de grupos de poder entre los que se incluyen el ejército y los denominados chulavitas, los cuales eran un grupo armado a favor del partido conservador; así mismo, entre las dinámicas de violencia que se ejecutaron durante el conflicto armado, se puede mencionar el secuestro, las masacres selectivas y la ausencia del Estado en aquellos territorios azotados por la inclemente guerra que ha fragmento el país desde hace varias décadas.

Para ello, desde las obras *Viento Seco*, *la Multitud Errante* y *Los Ejércitos* que retratan una realidad cruda y fidedigna al hecho histórico, se muestra a través de sus personajes las consecuencias que deja la contienda civil, que tras su paso, se ven hogares destruidos e invadidos por los grupos insurgentes o fuerza pública, el abandono y desertión de un pueblo por parte de sus habitantes, la migración de los damnificados por el desplazamiento forzado del campo a las ciudades, la mutilación y desaparición de los cuerpos que padecieron dentro de una de las diversas masacres perpetuadas, así como las consecuencias psicológicas que deja entre sus víctimas un lacerante vacío y suplicio que se materializa en deseos de venganza y reproche a un Gobierno ausente e indiferente ante la aflicción de miles de colombianos que se suman a las insólitas cifras de muerte y destrucción.

Ahora bien, las tres obras mencionadas anteriormente, están permeadas entre sus líneas de sangre y dolor, en las cuales, son representadas algunas de las manifestaciones más despiadas del conflicto armado como lo es el desplazamiento forzado. En primera instancia, en la obra *Viento Seco* (1950) del autor Daniel Caicedo, se devela como sus personajes principales Antonio Gallardo y su esposa Marcela, tienen que abandonar su hogar ubicado en el corregimiento de Ceilán del municipio de

Bugalagrande, tras ser testigos de la masacre de sus familiares y de la incineración de su finca, por parte de un ataque que los chulavitas habían propiciado en su hogar:

El calor era insufrible y había que escapar. Antonio miraba el incendio y sentía que algo superior a su voluntad lo amarraba y le impedía abandonar el lugar. Y luchaba con su deseo de matar chulavitas o salvar a esa esposa acongojada y a esa hija moribunda. En medio de la desolación de su alma, sin saber por qué, cogió a su mujer, se recostó con ella al palenque y, como sombras pegadas a las sombras, salieron del corral. Los cafetos les recibieron entre sus ramas. No podían dirigirse hacia la carretera porque esta que es la calle principal de Ceilán, estaba llena de detectives, de policías uniformados y de civiles con armas. Era menester esperar que acabara la matanza, el saqueo y el incendio para poder seguir la vía del atajo que va de la aldea al pueblo de Andalucía. Tuvieron, por la fuerza, que ver lo que pasaba. Y con horror, indignación y pena miraban los incendios y los crímenes. (Caicedo, 1950, p. 55-56).

El apartado anterior, retrata una desoladora situación en la que sus protagonistas deben por fuerza, abandonar su hogar en el corregimiento de Ceilán, debido al mordaz ataque que los chulavitas perpetuaron sobre sus seres queridos, no sin antes ser testigos silenciosos de la matanza que aún invadía la interioridad de su morada, la cual, fue saqueada e incendiada sin clemencia, en un intento cobarde de borrar las huellas de su infame actuar. En la cita, también se muestra como la presencia de la fuerza armada, causa desconfianza entre las víctimas de la reciente vejación, pues no representan seguridad y protección para estos, sino que los policías y detectives eran vinculados como elementos de sospecha e incluso de complicidad. Este recelo hacia el personal uniformado, por parte de la población civil, no solo se ha manifestado desde la segunda década del siglo XX, sino que aún se sigue presentando el fenómeno en el cual, la fuerza armada es retratada en términos de amenaza para gran parte de algunos colombianos, especialmente en los sectores más vulnerables:

La visión negativa es tal vez la que más se presenta en los barrios populares donde la Policía en su accionar tiene diferentes posiciones y ante la comunidad disminuye la confiabilidad, así como la comunidad pierde a su vez el sentido de protección y autoridad que deberían representar los policías de su propio entorno. De esa experiencia que se vive en la cotidianidad de los barrios de las distintas ciudades, se construye el imaginario social que se alimenta de historias y referentes de otras personas y en la convivencia se comparten y se

crean entonces imaginarios urbanos que se repiten y reafirman de acuerdo a las circunstancias. (Corredor; Gonzáles; Trejos, 2017, p. 101)

Esta perspectiva negativa y de prevención hacia la policía colombiana, se teje principalmente en los barrios periféricos de las ciudades, donde según el imaginario colectivo, algunos de los miembros de esta institución pública, estarían vinculados con las bandas criminales, para de esta manera, lograr beneficiarse y lucrarse desde negocios ilícitos como la extorción, la venta y distribución de drogas. También se devela, como la policía ha perdido credibilidad, por lo que ya no representa para los sectores más vulnerables de las urbes, una figura de autoridad y auxilio, sino que es percibida como una amenaza por estar involucrados en rumores de abuso de autoridad que han sido difundidos por la misma comunidad, lo que influye que se haya construido en torno a esta institución, un imaginario no tan positivo.

En consecuencia, para evidenciar esta práctica del conflicto armado, es decir, el desplazamiento forzado en la siguiente obra de la literatura colombiana, la *Multitud Errante* (2001) de Laura Restrepo, se muestra cómo se tejen episodios de desolación y angustia por parte de una aglomeración que es desplazada de su territorio y que van en busca de un nuevo destino, en el que no esté inmerso la violencia y presencia de grupos armados que mitigan su odio y severidad sobre esta desprotegida población. Así pues, su protagonista Siete por tres, denominado así, por su particular condición de tener dedos excedentes en cada uno de sus pies, y busca incesantemente a la mujer que lo cuidó desde pequeño y a la cual concibe como su madre. El punto de quiebre de este singular personaje, aparece cuando Matilde Lina, la mujer de quien ha perdido el rastro, tras desaparecer en un enfrentamiento entre grupos beligerantes, le empieza a generar turbación y angustia por su ausencia, pues su recuerdo permea su cotidianidad y pensamiento, llevándolo a recorrer distintos escenarios en los que posiblemente esta mujer se pudiera encontrar alojada o que tuvieran algún indicio de su paradero. Por ello, la turba de personas que se dirigen a distintos lugares que no les pertenecen, buscando aglomerados y tristes un destino más próspero y benevolente, representa la realidad de miles de colombianos, que han tenido que migrar de sus hogares, para llegar a una ciudad con problemáticas igual de cruentas a las padecidas en sus territorios rurales, y desde donde deben cimentar una nueva cotidianidad, cargada de un pasado destruido por los actores que movilizan el conflicto armado:

Viendo el caso irremediable, los rojos de Santamaría le dijeron adiós a su tierra, mirándola de lejos por última vez. Improvisaron caravana y avanzaron hacia oriente, desarrapados, fugitivos y enguerrillados, con la muerte pisándoles los talones y la incertidumbre esperándolos adelante, y siempre presente el acoso del hambre. Al centro, junto con la santa de madera, iban Perpetua, sus hijos, Matilde Lina, Siete por Tres, los ancianos, las demás mujeres, los otros niños. Los hombres, armados con ocho fusiles y doce escopetas, formaban en torno un cerco protector.

-Los niños no sufríamos-confiesa Siete por Tres-. Íbamos creciendo en los vientos de la marcha y no teníamos antojo de pertenencias.

La lenta romería se prolongó año tras año, hasta que se hizo larga como la vida misma. Aquí y allá se les fueron incorporando otras montoneras liberales que también vagaban al garete, nuevos desplazados por desahucios y matanzas, más sobrevivientes de pueblos y campos arrasados. (Restrepo, 2001, p. 16)

Ante este desolador panorama, se muestra como la presencia de grupos insurgentes al margen de la ley en contienda con el Ejército Nacional, provocan que miles de personas deban abandonar sus hogares y padecer situaciones de hambre e incertidumbre, atravesados además, por la constante amenaza de la violencia tras de ellos. Está problemática, pone en cuestión las políticas de protección a la ciudadanía que desde el Gobierno colombiano se emplean, donde queda en evidencia la poca proactividad y efectividad de éstas, siendo los mismos actores que deben velar por la seguridad del pueblo, los que propician y participan del conflicto armado y atacan a la población civil. Entonces, los habitantes del pueblo de Santamaria Bailarina, cuyos vestigios de la guerra, hicieron que borrarán su registro del mapa, retratan el rostro de la violencia, aquel que ha quedado devastado y con la sonrisa y mirada trastornada por el recuerdo de lo que los obligaron a padecer, dejando tras de sí, lo que habían construido y que ahora pertenece a la guerra.

Por otra parte, para darle continuidad a la problemática del desplazamiento forzado visualizada desde algunas obras de la literatura colombiana, desde *Los Ejércitos* (2007) de Evelio Rosero, se muestra un escenario caótico en el que se presenta el abandono masivo del pueblo, por parte de los habitantes que allí residían, un lugar pequeño ubicado en inmediaciones de las montañas y llamado San José. Es desde allí, donde se desarrolla un cruento enfrentamiento entre el ejército, la guerrilla y los paramilitares, quedando en medio de esta tensionada disputa, la población civil, que

paulatinamente fue emigrando hacia otros sitios, en busca de refugio y de emprender nuevamente un proyecto de vida, alejados de la guerra que los asolaba en sus hogares:

Quién iba a suponer que también nos ocurriría a nosotros, dicen aquí, dicen allá, lo repiten: hace años, antes del ataque a la iglesia, pasaban por nuestro pueblo los desplazados de otros pueblos, los veíamos cruzar por la carretera, filas interminables de hombres, niños y mujeres, muchedumbres silenciosas sin pan y sin destino. (Rosero, 2007, p. 116)

Con ello, se evidencia como antes las turbas desorientadas y que habían sido desplazadas de sus propios pueblos, son espejos cercanos de la propia realidad, en la que ahora se hayan inmersos los habitantes de San José, aquel territorio abandonado por el Estado y donde quienes allí moraban, poco a poco dejaron de habitar sus casas, unos porque huían de la incesante guerra y otros porque fueron extraídos infamemente de sus hogares, dejando desolación y desasosiego en sus familiares. También, es importante resaltar que el conflicto armado, tensionó de manera tan significativa la cotidianidad de aquel pueblo, que a su vez, retrata la realidad de muchos lugares del país que padecieron la misma suerte inclemente y corrosiva, que hasta los servidores de atención a la ciudadanía, como los médicos y maestros, tuvieron en abandonar sus labores, siendo está, la opción más pertinente para refugiarse de la ola de violencia, que había pasado fuerte y salvaje por aquel lugar, desprotegido e indefenso:

¿Sábado? También la joven médica abandona San José, igual que las enfermeras. Nadie sigue al frente del hospital improvisado. Y no han vuelto a visitarnos los camiones de la Cruz Roja, que aprovisionaban de combustible y alimentos a la población. Sabemos de otra escaramuza, a algunos kilómetros de aquí, por los lados de la cabaña del maestro Claudino. Hubo doce muertos. Fueron doce. Y de los doce un niño. No demoran en volver, eso lo sabemos, ¿y quiénes volverán?, no importa, volverán. (Rosero, 2007, p. 160).

Ante esta situación, se descubren problemáticas de fondo, que afectan igualmente a los pocos habitantes que aún insisten en quedarse en su pueblo, pues ante la ausencia de personal médico que atiende a los heridos de una guerra que nos les pertenece, el número de muertos aumentará, escabrosa cifra que es ocultada ante de la curiosidad de la prensa, pues quienes la propician son una triada de terror, donde una de sus aristas pertenece al ejército nacional, institución pública que es cautelosa en sus ataques a la población civil, para favorecer el prestigio y confiabilidad del Estado, como su cómplice más influyente y poderoso.

Ahora bien, otra de las manifestaciones lacerantes y que causan un profundo desasosiego desprendidas del conflicto armado en Colombia, es la desaparición forzada o involuntaria, la cual, es una práctica recurrente para establecer un control de terror en los habitantes, privando a la víctima de su libertad y negando u ocultando su paradero para lucrarse a través de la extorsión a sus familiares, que por su pánico a que dicho familiar sea asesinado, no denuncian ante las autoridades legales, siendo también utilizada como un método de aniquilamiento entre los opositores políticos durante el bipartidismo para evitar las votaciones de los simpatizantes del bando contrario.

En Colombia, y según el informe de Amnistía Internacional de 1998, sobre desapariciones forzadas y homicidios políticos se relata:

En 1978 se tuvo constancia por primera vez de la existencia en Colombia de los sombríos “Escuadrones de la muerte”, que amenazaron a los abogados de los presos políticos y a los miembros de la Corte Suprema de Justicia que emitieron opiniones contrarias al Estatuto de Seguridad Antiterrorista, promulgado ese mismo año. A partir de 1980, a medida que empezaba a disminuir el número de detenidos políticos, Amnistía Internacional fue recibiendo cada vez más informes de tortura y homicidio de campesinos en las zonas de conflicto; esas torturas y homicidios las cometían las fuerzas de contrainsurgencia del Ejército Colombiano y los grupos paramilitares que colaboraban con ellos. Al mismo tiempo aumentó significativamente el número de “Desapariciones. (Sandoval, 2012, pág.12)

En este sentido, el informe de Amnistía Internacional atribuye a partir de 1980, la culpabilidad de las desapariciones forzadas a los grupos insurgentes como los paramilitares y guerrilla que desde un marco legal e ideológico van en contraposición con el Ejército Colombiano, pero que en las obras abordadas, constituyen un mismo núcleo de poder y arbitrariedad, especialmente en la obra de Evelio Rosero, donde se desdibuja una línea divisoria entre los tres grupos armados, es decir, el Ejército, la guerrilla y los paramilitares, siendo una triada de terror, que infringe ataques a la población civil, abusando de su poder, situación que se agudiza en las zonas rurales, donde la poca presencia del Estado, contribuye a que se ultrajen constantemente los derechos humanos, sin que exista una figura de mediación y protección a las víctimas, las cuales, son desaparecidas por los actores que movilizan el conflicto armado y donde ningún organismo gubernamental, responde por dichos desaparecidos.

Entonces, desde la literatura colombiana, se devela como en la obra *Viento Seco* (1950) se presenta la privación de la libertad, a partir de sucesos en donde se ve implicada la fuerza pública, como gestora de esa coerción, pues extraen arbitrariamente al protagonista Antonio Gallardo, de un refugio temporal, donde se alojaba junto a su esposa y otro centenar de víctimas de la violencia de los pueblos aledaños a su natal Ceilán, escenario de conflicto e invasión de grupos insurgentes al margen de la ley:

“Lamparilla”, el jefe de los pájaros, les ordenó a unos detectives y policías que hicieran subir a los detenidos en los camiones. Y los hombres, con la obediencia que da el miedo, subieron. En tres camiones apiñaron a golpes ciento cincuenta prisioneros, que se asfixiaban por el apeñuscamiento. Los que no pudieron subir fueron macheteados delante de los otros, inconscientes, con los ojos húmedos y el corazón en un hilo. Los moribundos y los cadáveres fueron hacinados a pocos pasos, rociados con gasolina e incendiados. (Caicedo, 1950, p. 60)

La referencia anterior, muestra la ignominia y ultraje que sobre los civiles se propició, exponiendo un evidente abuso de poder, por parte de esas figuras de autoridad, que estaban al servicio del partido conservador, denominados los chulavitas y que eran conocidos por sus prácticas crueles y sanguinarias contra los partidarios liberales, revelando además, un panorama desolador, en donde se despoja de la libertad a algunos hombres, para posteriormente someterlos a torturas y vejaciones, que para un alto porcentaje de estas víctimas acabaría en la muerte. En esta obra, Caicedo nos devela un fragmento de la realidad del país, en donde emergen cifras incalculables de damnificados por la violencia, donde la ubicación exacta de su paradero es imprecisa, incluso para sus mismos verdugos, quien los incineran, aglomeran en fosas comunes o los arrojan río abajo, sin la clemencia que atraviesa su sentir humano. Así pues, en esta obra, la desaparición forzosa, no implica necesariamente el secuestro con la intencionalidad de extorsión e intimidación a los familiares de los directamente implicados, sino que constituye una medida de opresión, donde se ejerce la autoridad de manera abusiva e ilegal, por parte de las figuras públicas, que deberían brindar protección y seguridad a la ciudadanía, presentándose esta situación debido al poco seguimiento de las entidades gubernamentales hacia estos organismos de inspección y control del orden público.

A continuación, se presenta la desaparición forzosa desde la obra de Laura Restrepo, *La Multitud Errante* (2001) donde se visualiza otra perspectiva de esta problemática, y es el suplicio y desazón

de quienes deben esperar indefinidamente a que sus seres queridos aparezcan, quienes detienen el cauce de su cotidianidad y permanecen suspendidos en el funesto instante donde la presencia de quienes les han sido arrebatados súbitamente ya no los acompaña más, es la mirada del doliente, del que sufre la ausencia de quien el conflicto armado extrajo de la cercanía de sus familiares, amigos y vecinos. Así pues, se muestra como las dinámicas cotidianas, de aquel que espera, se van transformando en una rutina que consume la energía vital, y que van extinguiendo el regocijo y ánimo de continuar con vida:

Si yo pudiera hablarle sin romperle el corazón se lo repetiría bien claro, para que deje sus desvelos y errancias en pos de una sombra. Le diría: Tu Matilde Lina se fue al limbo, donde habitan los que no están ni vivos ni muertos. Pero sería segar las raíces del árbol que lo sustenta. Además para qué, si no habría de creerme. Sucede que él también, como aquella mujer que persigue, habita en los entresueños del limbo y se acopla, como ella, a la nebulosa condición intermedia. En este albergue he conocido a muchos marcados por ese estigma: los que van desapareciendo a medida que buscan a sus desaparecidos. Pero ninguno tan entregado como él a la tiranía de la búsqueda. (Restrepo, 2001, p.7)

El fragmento anterior, muestra una desoladora situación, en donde los que permanecen vivos, mueren simbólicamente con sus muertos y desaparecidos, pues van incorporando su cotidianidad paulatinamente a un solo objetivo, y es el de encontrar a su ausente, a esa sombra que hace eco en su tranquilidad y que paraliza el acontecer y desarrollo de su existencia. En esta obra, su protagonista, Siete por Tres, quien busca incesantemente a aquella figura materna, que le representa Matilde Lina, va tras las huella de su presencia, explorando escenarios posibles donde la pudiera hallar, siendo su itinerario y propósito de vida, el encuentro de esta mujer porque como él mismo lo expresa: “—El mundo me sabe a ella —me ha confesado—, mi cabeza no conoce otro rumbo, se va derecho donde ella” (Restrepo, 2001, p.7). Entonces, este personaje encarna el desasosiego de muchos colombianos, que buscan una respuesta, que indagan por una razón, que procuran conservar la cordura, para seguir tras los indicios del posible paradero de quienes aman y que el recuerdo lacerante de su partida no les permite continuar el cause habitual de su acontecer cotidiano.

En consecuencia, en esta producción literaria, la privación involuntaria de la libertad implica habitar un umbral entre la vida y la muerte, donde quien padece la espera de su desaparecido, se

ubica en una posición intermedia entre estos dos estados, pues la esperanza de encontrar a su ser querido lo ata a su existencia y el paso de los días, sin ninguna noticia de quien ya no lo cobija con su presencia, lo sumerge en una profunda desolación, en donde no haya complacencia y ánimo en su transcurrir diario.

Ahora bien, el fenómeno de la desaparición forzosa desde la obra *los Ejércitos* (2007) del escritor Evelio Rosero, atraviesa continuamente la narrativa de esta producción literaria, pues paulatinamente van desapareciendo sus personajes, a manos de la triada de terror, es decir, desde alguna de las aristas que ejercían pánico e inquietud sobre los pobladores del pueblo de San José, siendo el Ejército, los paramilitares y la guerrilla, los responsables de privar arbitrariamente de la libertad a los civiles que residían sobre este territorio rural. Entonces, es relevante mencionar que la primera víctima a la que extrajeron ilícitamente de su hogar en esta obra, fue a Marcos Saldarriaga, hombre que cooperaba con los tres bandos, sin imaginar que sus jugadas audaces y arriesgadas, le terminarían pasando factura años después, al ser su cadáver arrojado en inmediaciones de un camino, empedrado y agreste, a medio kilómetro de la entrada del pueblo. Así pues, en torno a este personaje, surgiría una práctica en donde cada año, sus familiares y vecinos se reunirían a evocar la fecha de su desaparición, recordando a dicho ausente, cada año, con menos esperanza de encontrarlo con vida:

Los 9 de marzo, desde hace cuatro años, visitamos a Hortensia Galindo. Es en esta fecha cuando muchos de sus amigos la ayudamos a sobrellevar la desaparición de su esposo, Marcos Saldarriaga, que nadie sabe si Dios lo tiene en su Gloria, o su Gloria lo tiene en Dios- como han empezado a bromear las malas lenguas, refiriéndose a Gloria Dorado, amante pública de Saldarriaga. La visita se hace al atardecer. Se pregunta por su suerte y la respuesta es siempre igual: nada se sabe. (Rosero, 2007, p.27).

Este episodio funesto, en el que los pobladores de este pueblo desaparecían, empezó a naturalizarse, pues continuamente se escuchaban noticias de secuestros, apelando a métodos escabrosos para presionar a los familiares que aún gozaban de su libertad, sin que tuviera importancia la condición de la víctima, pues entre las filas de los cautivos, figuraban niños, ancianos y hasta mujeres embarazadas. Ante esto, uno de los damnificados en la obra, fue Don Chepe, el tendero del pueblo, cuando debajo de su puerta los secuestradores de su mujer que se encontraba en estado de gestación, le exigieron una cuantiosa suma por su liberación:

“Usted señor tiene una deuda con nosotros, y por eso nos llevamos a su mujer embarazada. Tenemos a Carmenza y necesitamos 50 millones por ella y otros 50 por el bebé que está por nacer, no vuelva a burlarse de nosotros” (Rosero, 2007, p.125)

Este doble secuestro, en donde un bebé pronto a nacer y su madre, se hayan privados de la libertad, es una de las vejaciones que la triada de poder, que había invadido el pueblo de San José, ejecutaba en contra de sus pobladores, pues también ejercían presión psicológica, puesto que a don Chepe, se le hizo llegar en una pequeña caja, que contenía uno de los dedos de su mujer, todo ello, como mecanismo de intimidación, para orillarlos a actuar, con forme a los intereses económicos de estos grupos armados, que no necesariamente estaban al margen de la ley, pues ni siquiera los habitantes de este pueblo sabían de parte de quién recibían tales ultrajes y oprobios:

-A la panadera también se la llevaron, la pobre.

-¿A Carmina?

-Carmina Lucero. Alguien me contó que se murió en cautiverio, a los dos años. Yo no sabía todavía quiénes eran, si guerrilla, si paras. Ni les pregunté. (Rosero, 2007, p. 47)

Lo anterior, devela como además del enigma y confusión que causaba no saber en manos de quien se estaba recluido, también algunas de la víctimas morían en cautiverio, ya fuera por enfermedad, falta de atención médica, o de la más inclemente desolación y soledad, como le ocurrió a la panadera Carmina Lucero, quien representa la agonía de miles de colombianos, que han padecido el secuestro, perdiendo no solo la noción del tiempo, sino la esperanza de volver a encontrarse con sus seres amados, como si la guerra que les correspondió padecer por una desventurada jugada de su destino, se ensañara sobre ellos y sus familiares.

## **TERRITORIALIDAD**

Hacer alusión al concepto de territorialidad, implica pensar en aquellas dinámicas en las que se pretende el control y dominio del territorio a través del poder, como mecanismo de opresión e intimidación en aquellas poblaciones vulnerables, como los campesinos, indígenas, afrocolombianos y grupos raizales, como los principales habitantes de las tierras que presentan un alto riesgo de ser invadidas y expropiadas por colectivos al margen de la ley o por el Estado.

En este sentido, es relevante delimitar el concepto de territorialidad desde una perspectiva que ahonda más allá de una problemática de ocupación ilegítima y arbitraria del territorio, pues es una ruptura de la relación armoniosa de la naturaleza con sus moradores ancestrales y su forma de habitarla, sentirla y pensarla. Es por ello que, Danilo Rodríguez Valbuena desde su texto *Territorio y territorialidad: Nueva categoría de análisis y desarrollo didáctico de la Geografía* nos presenta una mirada híbrida de la noción de territorialidad desde los factores biofísicos y socioculturales que la componen, donde alude como “pertenencia territorial supeditada a procesos de identificación y de representación colectiva e individual que generalmente desconoce las fronteras políticas o administrativas y no aduce exclusivamente la apropiación espacial estatal o ligada a un grupo de poder” (Rodríguez, 2010, p.1)

La referencia anterior, devela una comprensión del concepto de territorialidad como un espacio humanizado, donde los individuos y colectivos que la habitan, tejen su identidad cultural, a partir de su vínculo cercano con el territorio, siendo este espacio, un escenario donde se identifican prácticas tradicionales de agricultura, pesca, ganadería y minería y que fortalecen su relación con aquellos grupos humanos, que formaron asentamientos ancestrales y que por consiguiente, se les asienten sus derechos colectivos en relación a las tierras donde residen. En consecuencia, es importante referenciar *La Ley 21 del 4 de marzo de 1991*, donde se reconoce a las comunidades étnicas como patrimonio nacional, influyendo en el auge del concepto de tenencia colectiva de la tierra, reconocida desde un orden constitucional, por lo que se presenta como una oportunidad de protección y garantía de los derechos tanto a las comunidades indígenas como afrocolombianas y así mismo, desde el *Decreto 2164 de 1995* en su artículo N° 1 se determina que:

El Instituto Colombiano de la Reforma Agraria realizará los estudios de las necesidades de tierras de las comunidades indígenas para la dotación y titulación de las tierras suficientes o adicionales que faciliten su adecuado asentamiento y desarrollo, el reconocimiento de la propiedad de las que tradicionalmente ocupan o que constituyen su hábitat, la preservación del grupo étnico y el mejoramiento de la calidad de vida de sus integrantes, sin perjuicio de los derechos de las comunidades negras consagradas en la *Ley 70 de 1993*.

La mencionada legislación, plantea una garantía de las tierras que servirán de asentamiento a las comunidades indígenas, desde el marco de titulación y reconocimiento de la propiedad, con la intencionalidad de mejorar su bienestar y condiciones de vida, justamente por pertenecer a los

grupos étnicos como patrimonio nacional y que fortalecen la diversidad cultural de la Nación, siendo además identificados por la *Constitución Política de 1991* como colectivos de protección especial, desde la vinculación con los resguardos indígenas y las comunidades afrocolombianas.

Ahora bien, el concepto de territorialidad se fortalece desde el texto de Arturo Escobar *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, donde se teje una relación de resistencia con los procesos de globalización y capitalismo, potenciando cimientos de poder y reorganización de colectivos a partir de dinámicas de posesión del territorio. Lo anterior, devela una dicotómica de intereses entre las poblaciones minoritarias y que por el derecho de la tenencia colectiva, dado su vínculo ancestral con la tierra, son aquellas figuras que la protegen, la habitan, la preservan y por consiguiente la cultivan. Entonces, “la territorialidad tiene raíces profundas en el proceso de esclavización y de resistencia a este” (Escobar, 2014, p. 80)

Desde allí, se puede construir una noción implícita de territorio como escenario simbólico y material, donde los sujetos que la habitan o han transitado por ella, a partir de procesos de esclavización y posterior búsqueda de emancipación, como las comunidades afrodescendientes desde el cimarronaje, puedan identificarse con un espacio determinado, resistiendo y preservando su identidad cultural, en contraste con las vicisitudes del mercado y transformaciones sociales. Es por ello que, el concepto de territorialidad se comprende desde una bifurcación de nociones que están relacionadas con el poder y la resistencia de aquellos individuos que a partir de mecanismos de control y dominio, generan reacciones de resistencia en las colectividades que se sienten identifican registros de identidad en los territorios invadidos por lo oligarquía o grupos al margen de la ley.

### **Territorialidad y literatura colombiana**

La literatura colombiana, que se ha producido desde la segunda mitad del siglo XX, explora las distintas manifestaciones de violencia a través de su narrativa, implementando personajes que son permeados por la constante muerte, agonía y suplicio en su cotidianidad. Es por ello que, entre las líneas de las obras que presentan temáticas de conflicto, se devela el retrato de un país en guerra, que se nos presenta fragmentando por la intolerancia de ideologías de dos bandos opositores desde la consolidación de la Nación en el siglo XIX, y que ha cimentado la historia de Colombia, a partir del derramamiento de sangre de los civiles, ocasionado por las discrepancias políticas y por la lucha del territorio.

En última instancia, desde la obra *Los Ejércitos* de Evelio Rosero, se muestra una representación del panorama nacional, vinculada a la identificación cultural del territorio, por colectivos ancestrales y los pobladores que la habitaron y que continúan históricamente transitando por este. De esta manera, el concepto de territorialidad se fortalece a partir de la invasión arbitraria de grupos armados ilegales y el Ejército, ambos actores ejerciendo intimidación y representando una amenaza para los civiles: “Aparece otro grupo de soldados. No son soldados, descubro, ladeando ligeramente la cara. Son siete, o diez, con uniforme de camuflaje, pero usan botas pantaneras, son guerrilleros” (Rosero, 2007, pág. 88). La única diferencia que se presenta en estos grupos armados son sus botas, porque el uniforme es el mismo, por lo cual, es muy fácil confundirlos y ubicarlos en el mismo plano de peligro, de barbarie y violencia.

En este sentido, es importante mencionar la figura del capitán Berrio, como dirigente del Ejército del pueblo de San José, y que representa el abuso del poder y uno de los factores por los cuales esta entidad es ubicada en la triada de las tres caras del terror en este territorio, puesto que al perder el control de la situación con sus opositores, arremetió contra la población civil ocasionando varios heridos y además acusándolos de guerrilleros:

Tenía el rostro desfigurado de rabia, ¿o iba a llorar? De un momento a otro, como catapultado por el rencor, se llevó la mano al cinto y desenfundó la pistola...apuntó al grupo y disparó una vez; alguien cayó a nuestro lado, pero nadie quiso saber quién, todos hipnotizados en la figura que seguía encañonándonos, ahora desde otro lugar, y disparaba, dos, tres veces. Dos cayeron, tres. (Rosero, 2007, pág. 86).

El abuso de autoridad que manifiesta el capitán Berrio era sinónimo de que los habitantes de San José no podían contar con la protección, de aquellas entidades cuya labor era brindarles seguridad y bienestar, por lo tanto, al monstruo sin rostro, que simboliza el conflicto armado, precisamente se le sumaba una tercera cara del terror, la del Ejército.

Ahora bien, desde otra manifestación de territorialidad, donde se invade arbitrariamente el territorio habitado por otros, se narra cómo este pueblo, que antes eran muy poblado y con condiciones que propiciaban el progreso en sus campos, ahora era una montaña que poco a poco fue desalojada por quienes pretendían huir de la guerra, o eran privados de su libertad:

En la montaña de enfrente, a esta hora del amanecer, se ven como imperecederas las viviendas diseminadas, lejos una de otra, pero unidas en todo caso porque están y estarán siempre en la misma montaña alta y azul. Hace años, antes de Otilia, me imaginaba viviendo en una de ellas el resto de la vida. Nadie las habita, hoy, o son muy pocas las habitadas; no hace más de dos años había cerca de noventa familias, y con la presencia de la guerra-el narcotráfico y ejército, guerrilla y paramilitares-solo permanecen unos dieciséis. Muchos murieron, los más debieron marcharse por fuerza: de aquí en adelante quién sabe cuántas familias irán a quedar, ¿Quedaremos nosotros? (Rosero, 2007, p. 61).

Como se manifiesta en el apartado anterior, el panorama tranquilo y armonioso de la montaña había sido perturbado rápidamente por la guerra, cuyo monstruo tenía un mismo rostro que a la vez permanecía en anonimato. Pero mantener nexos con esta triada de poder, resultaba igual de contraproducente que mantener distancia, como le sucedió a Marcos Saldarriaga, del que ya se había hecho alusión previamente y cuyo capital provenía del lucro de los tres entes armados: “Marcos Saldarriaga el hombre invulnerable de San José, porque parecía entenderse con la guerrilla, los paramilitares, los militares, los narcotraficantes. Eso explicaba el origen de su dinero, que debía tener múltiples orígenes” (Rosero, 2007 pág. 131). Pero su triple alianza con el monstruo sin rostro, pero a su vez de tres caras, le costó que tras haber estado en cautiverio, hubiera perdido la vida vilmente.

La situación en la que se encontraban inmersos los habitantes del pueblo, era muy compleja, puesto que si cualquiera de estas tres fuerzas de opresión, exigía su ayuda no podían negarla ya que se arriesgaban a sufrir la muerte inmediata tras la negación, pero también al ayudar a estos grupos armados corrían el riesgo de ser tildados de colaboradores del bando opositor y ser sometidos a tortura y asesinatos crueles como le ocurrió al maestro y curandero Claudino Alfaro: “ Estaba el cadáver del maestro Claudino, decapitado; a su lado el cadáver del perro, hecho un ovillo en la sangre. Con carbón habían escrito en las paredes: Por *colaborador*...” (Rosero, 2007, pág. 102). Y la cuestión que surge a partir de este suceso es: ¿Colaborador de quién? Acaso al maestro Claudino le quedaba la opción de negar su ayuda a un ente armado y del cual no tenía ninguna precisión de su identidad.

## CONCLUSIÓN

Al transitar por las distintas obras mencionadas, en donde se reconoce múltiples manifestaciones del conflicto armado como lo son el desplazamiento forzado, la privación arbitraria de la libertad o secuestro, las masacres y el abuso de poder por parte de la fuerza pública y la insurgencia armada en territorio poblado por civiles, se devela como estos ultrajes y vejaciones a los derechos humanos hacen parte de la realidad del país, desde mediados del siglo XX, donde el magnicidio del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, desato una ola de violencia, conocida como el bipartidismo. Entonces, a partir de este nefasto episodio, cuya esperanza de los campesinos y población más vulnerable fue cercenada por la oposición conservadora, se consolidaron grupos armados, que en primera instancia, buscaban la defensa de los denominados chulavitas, cuyo objetivo de exterminio eran los partidarios liberales, pero que a través de los años, fundamentaron su beligerancia en el control y dominio de los territorios, para fortalecer sus intereses políticos y económicos.

Así pues, desde la década de 1950 con la obra *Viento Seco*, del autor Daniel Caicedo, se pueden identificar problemáticas del conflicto armado, a través de esta literatura, siendo su narrativa muy fidedigna al hecho histórico, por lo que conserva elementos verosímiles como la temporalidad y sujetos implicados en ambos planos, es decir, en el ficcional desde la producción literaria, y en el plano real, desde la perspectiva histórica. En consecuencia, los fenómenos que se presentan en el conflicto armado, desde la fragmentación política del bipartidismo, proliferaron a través de los años y siguieron manifestándose posteriormente tras varias décadas de guerra interna civil, reconociéndose como las manifestaciones de la violencia continúan presentes en la década del 2000, siendo las obras *La Multitud Errante* de Laura Restrepo y *Los Ejércitos* de Evelio Rosero, las producciones literarias que representan la crudeza de la guerra, luego de cinco décadas de impotencia, suplicio y dolor por parte de los colombianos inmersos en este funesto episodio de la historia del país, y que sigue manifestándose a través de nuevos rostros y modalidades de violencia, aunque desde el 2010, con los diálogos de paz en la Habana, Cuba, bajo el gobierno del ex mandatario Juan Manuel Santos, se haya firmado el cese al fuego y se haya dado por culminado el conflicto armado en Colombia.

## REFERENTES

Caicedo, Daniel. (1950). *Viento Seco*. Universidad de Eafit.

Casas Aguilar, Justo. (1986). *La violencia en los Llanos Orientales: comando hermanos Bautista*. Editorial Ecoe. Bogotá. Colombia.

Corredor Pinzón, Nancy; González Vergara, Claudia; Trejos García Jenny. (2017). “Movilización histórica de los imaginarios sociales instituidos sobre la formación en la Policía Colombiana”. En *Revista Brasileira de Educação de Jovens e Adultos*. Vol. 5. n.9.

*Decreto 2164 de 1995*.

Escobar, Arturo. (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Universidad Autónoma Latinoamericana UNAULA. Medellín.

*Ley 21 del 4 de marzo de 1991*.

*Periódico el Tiempo*. Bogotá. (8 de marzo de 1947).

Restrepo, Laura. (2001). *La multitud errante*. Editorial Alfaguara.

Rodríguez Valbuena, Danilo. (2010). “Territorio y Territorialidad. Nueva categoría de análisis y desarrollo didáctico de la Geografía”. En *Revista UNI-PLURI/VERSIDAD*.

Rosero, Evelio (2007). *Los Ejércitos*. Editorial Planeta Colombiana S.A. Bogotá.

Sánchez Fabio; Chacón Mario. (2005). *Conflicto, estado y descentralización: del progreso social a la disputa armada por el control local 1974-2002*. Universidad de los Andes.

Sánchez Gómez, Gonzalo. (1986). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Fondo Editorial Cerec. Bogotá. Colombia.

Sandoval Mesa, Jaime A. (2012). *El desarrollo de la desaparición forzada y sus elementos especiales de configuración en Colombia*. Facultad de Derecho. Universidad Militar Nueva Granada. Bogotá.

Yaffe, Lilian. (2011). *Conflicto armado en Colombia: análisis de las causas económicas, sociales e institucionales de la oposición violenta*. Universidad de Miami. Estados Unidos.